



## Conversión del beato Bartolomé Longo y el Rosario<sup>1</sup>

Beato Bartolomé Longo, O.P.

A los treinta y tres años de mi vida, como otro Saulo en el camino de Damasco, me vi postrado en tierra y como constreñido por una lucha incesante, tenaz, despiadada con Satanás, que furioso contra mí, excitaba grandes tempestades a morder aquel mismo lodo, en el cual, zambulléndome a guisa de inmundos seres, levantaba, ¡temerario! mi orgullosa cerviz desafiando al Omnipotente.

Y cuando yo, en un acceso de frenesí me rebelaba más airado contra él, entonces él, siempre misericordioso y benigno, haciendo gala de sus inagotables bondades, me esperaba misericordioso para hacer triunfar en mí su soberana clemencia, para que ésta, venciendo mi loco orgullo, allí donde abundó la iniquidad, sobreabundase la misericordia. *Abyssus abissum invocat*: un abismo invoca a otro abismo.

¿Y quién, ¡oh Dios mío!, quien sino tu propia e inefable bondad pudo moverte a esperarme con tanta longanimidad cuando yo vivía tan alejado de ti? Tan sólo tu esencial e infinita bondad podía sufrirme por tanto tiempo: tu incomprensible bondad, Soberano Señor, te ha inclinado a usar conmigo tanta misericordia; sí, pues como cantó el coronado Profeta «todos los caminos del Señor son misericordia y bondad» (Sal 25,10).

Tu infinita paciencia ha triunfado de mi loca rebeldía; tu dulcísima benignidad de mi alejamiento de la casa paterna; y los tiernos latidos de vuestro Corazón amoroso, paterno, generoso, de las continuas ofensas que con mis locos desvaríos ocasionaba a tu soberana Majestad.

Tú ¡oh Padre de las misericordias! Cuando yo, ¡hay infeliz de mí!, yacía en el insondable abismo de mis culpas, me tendiste piadoso tu poderosa diestra, y me levantaste de aquella y horrorosa sima. Miraste compasivo la humillación, las penas y el lastimoso estado de mi pobre alma, y tu gran misericordia, con uno de esos rasgos incomprensibles a nuestro limitadísimo entendimiento, triunfó gloriosamente de mi sombría ingratitude; pues en las humillaciones levantas más altas las montañas de tu gracia.

Sólo él podía sacarla de la oscura selva de errores en que andaba perdida, y del piélago profundo de incertidumbres en que fluctuaba; sólo Dios podía satisfacer plena y cumplidamente las ansias ardorosas de un corazón desgarrado por la violencia de tantas y tan feroces pasiones.

Era por el mes de octubre de 1872 cuando, de un modo extraordinario, se levantó furiosa la tempestad en el agitado mar de mi corazón. Su peligroso oleaje dio contra mí con tal ímpetu y fuerza, que me hizo zozobrar. Las hinchidas olas de profunda tristeza, que vinieron a caer sobre mi atribulado corazón, estuvieron a punto de sumergirme en el infierno de la desesperación. Con el corazón así acongojado, con la imaginación turbada, con la mente agitada de los más tristes pensamientos, y tan aflictivas ideas que me parecían rayanas en la desesperación, salí de la casa de Fusco, y sin rumbo cierto me eché a correr a la aventura, y llegué hasta el punto más retirado y salvaje de estos campos, que los aldeanos le apellidan *Arpaja*, como lugar más propicio para morada de harpías. Reinaba un silencio profundo: dirigí la vista a mi alrededor, y no veía alma viva por todo aquel paraje.

Entonces me detuve de repente: y era tan vehemente, tan agitada la palpitación de mi angustiado corazón, que me parecía quería salirse de los estrechos límites de mi pecho. En medio de tan indecible aflicción de mi espíritu creí escuchar aquellas consoladoras palabras que yo mismo había leído más de una vez, y que no cesaba de recordarme mi querido y santo amigo, que ya goza de Dios: *Si quieres salvarte, propaga la devoción del santo Rosario: es promesa de María. ¡No puede perecer el que propaga una devoción que es tan grata a todo el cielo!* Estas palabras vertieron sobre mi atribulado corazón el más dulce bálsamo de consuelo, que mitigó todos sus padecimientos, convirtió todas sus amarguras en la más suave alegría, endulzó todas sus tristezas; fueron, en fin, como un plácido viento suave que, calmando las hinchadas olas del revuelto mar de mi interior, restituyeron a mi azorado corazón la serenidad, la paz y la tranquilidad. ¡Qué mutación tan maravillosa se verificó en mí al eco suavísimo de tan consoladoras palabras!

*¡No puede perecer el que propaga la predilecta devoción de la bendita Madre de Dios!* Este celestial pensamiento fue como un vivísimo rayo de luz que ahuyentó y dispipó las densas tinieblas de aquella tenebrosa

noche en que vivía, o más bien estaba sepultada mi pobre alma. El homicida del género humano, que me tenía esclavizado bajo su tiránico poder, previó sin duda su derrota, si yo secundaba fervoroso y con verdadero celo la divina idea: y temeroso de soltar la presa, me estrechaba más y más, y como haciendo sus últimos esfuerzos, entre los pavorosos anillos y espantosas espiras de sus infernales cadenas. Era la última lucha, lucha terrible, decisiva.

A punto de perecer en aquella tremenda y decisiva lucha, vencido por el enemigo, levanté mis ojos llorosos y mis manos suplicantes al cielo, y dirigiéndome hacia la soberana y piadosísima Consoladora de los afligidos, le dije con la energía y el ardor que inspiran el peligro y la desesperación: *Si es verdad que habéis prometido a vuestro gran siervo santo Domingo que se salvará el que propague el santo Rosario, yo me salvaré ciertamente, porque no abandonaré este lugar sin haber propagado antes esta saludabilísima devoción.*

Nadie respondió a mis acentos de desesperación; un silencio sepulcral me rodeaba por todas partes; pero por la apacible calma que sucedió al singular combate que el enemigo trabara conmigo haciendo entonces sus últimos esfuerzos para asegurarse la victoria, entendí que aquel grito de indefinible angustia había subido hasta el excelso trono de María. Oí en esto resonar pausadamente en lontananza el eco de una campana; tocaban a las *Avemarías*, a las doce del mediodía. Me postré y uní mi plegaria a las que en aquella hora dirigía a María la multitud de fieles de diversas lenguas y diferentes países.

Cuando me levanté, pude observar que se había asomado furtivamente una lágrima al borde de mis ojos. La respuesta del cielo no se hizo esperar.